

<http://gregoryzambrano.wordpress.com/>

Gregory Zambrano, "Condición migrante e hibridación cultural: algunos casos en la literatura venezolana". *Memorias de las Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana (JALLA-Bogotá, 2006)*. Bogotá, Universidad de los Andes, Universidad Nacional de Colombia, Pontificia Universidad Javeriana, 2006. (Edición en Disco Compacto).

**“Condición migrante e hibridación cultural:
algunos casos en la literatura venezolana”***

Gregory Zambrano
Universidad de Los Andes
Mérida-Venezuela
gzambran@yahoo.com

Antecedentes: de una a otra Venezuela

En Venezuela, durante la década de los años 50 del siglo XX, se profundizó el intenso proceso de movilidad, tanto desde el interior del país hacia la capital como desde diversos países extranjeros: Portugal, España, Italia, principalmente. Lo que había comenzado con las reformas sociales y políticas, posteriores a la muerte de Juan Vicente Gómez en 1936, se intensificó con las líneas expansivas auspiciadas por el “Nuevo Ideal Nacional” que preconizó la dictadura de Marcos Pérez Jiménez desde 1952. Esto propició una fuerte migración que se convirtió en un fenómeno de consecuencias innegables para definir la conformación de la nacionalidad moderna en Venezuela. Si bien es cierto que el fenómeno migrante causó cierto traumatismo debido al desconcierto y al extrañamiento cultural, también propició complejos cambios en el estatus socioeconómico, y modificó el sentido de la ciudadanía.

* Este estudio forma parte del proyecto H-938-06-06-B, financiado por el CDCHT de la Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela. Ponencia presentada en las VII Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana (JALLA).Bogotá, 14 al 18 de agosto de 2006. Tema 7: Discursos migrantes.

La condición migrante sirve como un espacio para teorizar el problema de la transterritorialidad y la noción de hibridación cultural ayuda a caracterizar un fenómeno complejo que se ha ido intensificando. La referencialidad literaria ha permitido visualizar los modos cómo ese fenómeno de la migración ha transformado los espacios socioculturales donde se implican los giros lingüísticos, los conflictos de adaptación, las fricciones producidas por el intercambio cultural; igualmente el fenómeno ha potenciado el surgimiento de estructuras identitarias posibilitadas por la formación de las nuevas familias.

El análisis de este trabajo se sustentará de manera concreta en dos obras literarias contemporáneas de gran calidad, escritas por autores venezolanos. Ambas presentan toda una propuesta problematizadora del fenómeno migrante. En ese sentido me propongo brevemente enfocar el fenómeno migrante en *Zarandona* (1999) de Josu Landa (n. 1953), que radiografía el fenómeno de la llegada de la emigración vasca a Venezuela en la década de los años 50 y *Una tarde con campanas* (2004) de Juan Carlos Méndez Guédez (n. 1967) que da cuenta de las dificultades de inserción de los emigrantes venezolanos en España. Ambas obras de autores venezolanos permiten problematizar el aspecto migrante y comprender diversos registros sobre el problema de la espacialidad, la lengua y los conflictos de inserción en realidades marcadas por el fenómeno del extrañamiento.

El territorio y la conciencia de sí

La inserción en una sociedad distinta a la que le vio nacer y crecer, presupone unas contradicciones que subyacen en la conciencia de sí que tienen los individuos y que constantemente se estará revisando y reformulando, esto podría entenderse como una posible crisis de identidad. Por supuesto que la complejidad del fenómeno lo podríamos percibir desde la perspectiva que permite una asimilación o una forma de resistencia que deviene aculturación o transculturación. Igualmente, una acentuación del nacionalismo que va en sintonía con los haberes previos de una asunción identitaria que se ve amenazada.

Este aspecto se puede palpar en el modo como el lenguaje literario establece un mecanismo que permite ver en la superficie de su estructura y en la profundidad de sus dramas humanos, los modos de representación de mundos otros, alternos y contruados de manera no siempre conciente. Por ello se hace necesario contar historias, relatar, tal como lo señala Paul Ricoeur: “Contamos historias porque, al fin y al cabo, las vidas humanas necesitan y merecen contarse. Esta observación adquiere toda su fuerza cuando evocamos la necesidad de salvar la historia de los vencidos y de los perdedores. Toda la historia del sufrimiento clama venganza y pide narración” (Ricoeur, 1995, p. 145).

En este sentido, las vicisitudes de la migración se ven reflejadas por la obra literaria de manera diversa y compleja. En el caso específico de Venezuela, existe una abundante bibliografía literaria, principalmente volcada en novelas, cuentos y poemarios que muestran con diverso grado de profundidad el hecho mismo de la migración y los mundos contruados en el nuevo escenario vital, el país de acogida. Como ha señalado Oscar Rodríguez Ortiz, “Los años cincuenta del siglo XX, tan modernos ellos con sus autopistas, sus edificios, una mayor influencia del modo de vida norteamericano en las costumbres y gustos son los ideales para que los venidos de afuera con bagaje cultural aborden el tema y lo conviertan en literatura” (Rodríguez Ortiz, 2005, p. 192). Para estas notas utilizo la noción de “condición migrante” desde el enfoque que utiliza Walter Mignolo cuando considera “un mapa en el que las conceptualizaciones regionales se encuentran para dar cuenta de la complejidad de las interacciones de lo local y lo global como lugares dialógicos para pensar desde y pensar con” (Mignolo, 1996, p.38). En esta propuesta radica el principio enunciativo que sitúa un locus enunciativo que establece un punto de partida. También la condición migrante podría explicarse atendiendo a las preocupaciones de Antonio Cornejo Polar cuando se interroga acerca de “si la condición migrante funciona [...] como un locus enunciativo y si a partir de allí se genera un cierto uso más o menos diferenciado del lenguaje que podría remitir a la constitución de un sujeto disgregado, difuso y heterogéneo: el sujeto migrante” (Cornejo Polar, 1995, p. 104).

Desde estas apreciaciones partiré para articular un discurso problematizador de dos novelas contemporáneas; la primera *Zarandona* de Josu Landa, desde la perspectiva de la memoria y la nostalgia y la segunda, *Una tarde con campanas*, desde a perspectiva de la representación lingüística.

La diáspora vasca

La novela de Josu Landa es también la primera escrita acerca de la diáspora vasca a causa del franquismo; y es la historia de un "guerrero que el franquismo no pudo aniquilar" (p. 14). Paulino Zarandona, es un aldeano vasco que llega a Venezuela a comienzos de los años cincuenta; es un sobreviviente de la Guerra Civil Española, dos años después de insertarse en el oriente venezolano, se encuentra con su compatriota Zuriñe, con quien se había casado por poder dos años antes. Del matrimonio nacen tres hijos: Imanol, Mikel y Ander. Como muchos otros inmigrantes, se impone ante las vicisitudes de un trabajo arduo como obrero de unos contratistas paisanos suyos, y luego ingresa a laborar como mecánico de una empresa petrolera. Cuando el mayor de los hijos tiene ocho años, Zarandona envía a toda la familia al País Vasco para que los hijos aprendan y se eduquen en la lengua materna, y conozcan el ambiente cultural de sus ancestros.

Paulino Zarandona también aguarda su propio regreso, pues siempre ha pensado que su estancia en Venezuela será provisional, un exilio forzoso que pronto acabará. Pero, en palabras de Mikel, narrador de la novela, el proyecto de Zarandona se verá frustrado: "Franco no cayó ni murió cuando debía y nosotros nos quedamos sin padre". Mientras tanto para el viejo Zarandona la imagen de la tierra es recurrentemente una visión de su propia subjetividad. Al comienzo, ese "verdor omnímodo de los paisajes del País Vasco"; esas imágenes del mar, de las montañas, de los ríos y los árboles, ese "lugar que ahora es puro tiempo" se vuelve para él una constante añoranza.

Con el regreso de los hijos, una década después la familia se reconstruye. Pero no por mucho tiempo. Los hijos van a la universidad, lejos de la casa paterna. Imanol, el mayor se rebela contra la autoridad del padre y se marcha. Zarandona

continúa trabajando con fortaleza, avanza, construye una "casa grande", y vive los avatares del trabajo entre las carencias y el sueño del progreso. Aspira y logra lentamente un ascenso social.

La novela, es la narración de Mikel, que va más allá de lo anecdótico, profundiza en la personalidad del protagonista, construye y reconstruye una saga, y presenta con detalles toda una experiencia existencial.

la personalidad de Zarandona, ese viejo que era capaz de aguantarlo todo desde que “sobrevivió a una guerra de tres años a la que ingresó cuando tenía quince, desde [que] asumió con sobrada dignidad su condición de vencido, desde que superó como pocos la humillación de los trabajos forzados y el servicio militar fascista y cruzó el Charco solo y sembró todo ese semillero, todo ese montón de nervio, de carne, de cojones más vascos que la boina de Aitor o la cumbre de San Miguel” (p. 6). Con esa presentación del personaje, nos aprestamos a escuchar acerca de sus búsquedas, de sus caminos, de sus logros y fracasos.

Zarandona es más que la historia de un aldeano vasco, es más que el canto nostálgico al hogar perdido, es la lucha de un hombre por hacer con sus manos su propio destino, en tierras lejanas; soñar con el retorno y la fortuna; luego, demostrar que ni la maldad ni la muerte, ni la miseria de sus opresores le pudieron vencer. Esa ilusión alienta la vida de aquel hombre que se constituye en patriarca, que traspasa usos y costumbres de su tierra a otra que lo acoge; sus palabras permiten volver a sus propios pasos mediante la escritura de Mikel.

El narrador, en tanto escucha, es confesor, psicoanalista, confidente; recibe el testimonio más organizado de las «historias» que de manera fragmentaria escuchó desde que era niño; ahora todo pasa por su propio cotejo de los hechos, los contrasta e ironiza. Este último recurso, compartido con el lector, crea un discurso alterno que procesa de manera sistemática lo contado, lo repasa, lo anota y amplía, siempre teniendo en cuenta el estado de alerta del lector. Mikel escucha, registra, ordena, escribe.

El sueño del retorno es, más que nada, una obsesión del viejo patriarca quien nunca dejó de calcular los pasos hasta el punto de partida. Esta idea le ataca

ya al final de la novela, convertida en un sueño que trata de aclarar, de explicarse, y que no es más que la vuelta al ¿paraíso? de la infancia o más atrás, la vuelta a la tierra es el retorno al seno materno, ese lugar único donde sería posible cerrar el círculo. Este sueño es también, pero en sentido inverso, una revelación; es la negación del retorno y la conciencia no manifiesta (sino intuida por Mikel) de su paso precipitado hacia la muerte; al único lugar que se va realmente íngrimo, o solamente acompañado por fantasmas y recuerdos.

Ante la guerra, la llegada de Franco al poder, la diáspora republicana, estamos en presencia de una reflexión sobre el exilio. Lo dejado atrás, lo encontrado y lo construido. La idea de exilio implica, aún para este campesino, que según el narrador no racionaliza sino que deviene instinto, una ruptura terrible, una herida que nunca habrá de cicatrizar: “el exilio no es realmente un abandono del paraíso, sino una fuga hacia delante con el paraíso a costas en forma de memoria y nostalgia del paraíso, que trata de pasar a ser realización del paraíso, en una cadena interminable que aprisiona las almas de la gente y de todos los pueblos del mundo, siendo una invitación permanente a la voluntad del vivir, pero también la voluntad de guerra” (p. 103). Siempre habrá una tierra prometida, como la que motivó al patriarca Moisés, pero también será una limitante a vencer la imposibilidad de encontrarla, la tierra prometida, entre las opciones de la cárcel, la miseria y la muerte, deviene entonces paraíso: “El paraíso verdadero es uno a la medida del hambre, la esclavitud, la pobreza y la angustia que van quedando atrás, lo más cerca posible de esa comarca de la nada que es el olvido” (p. 100).

En medio de esas duras circunstancias, Zarandona renace en su reino: el reino de Zarandona, construido en el fragor de la explotación petrolera, era “demasiado de este mundo”, donde el “sudor torrencial y la sangre y la carne que se esparcía a trozos entre cabrias y balancines, en la sabana eran el sudor y el semen y la bilis que se ofrendaban en la taguara y el burdel” (p. 19). Era una porción de la Venezuela de los años cincuenta, el pequeño universo del inmigrante, parcelado, pero que dejaba abiertas las rendijas por las cuales se podía mirar al resto del país, a lo que sucedía en las ciudades grandes en franco proceso urbanizador; ciudades

de transición como las ha llamado William Niño Araque, que se resumen en una “la ciudad desesperanzada que va unida de los inmigrante sin tierra y sin proyecto” (Niño Araque, 2005, p. 203).

El problema de la dictadura no es sólo la abyección que introyecta en un sistema de fuerza que divide a una nación entre quienes siguen adentro, en bandos distintos, adeptos y opositores; o los que tienen que salir al exilio y continúan desde fuera alimentando la esperanza del cambio y la posibilidad del retorno. Una dictadura también se va arraigando en la Venezuela de los años cincuenta, una dictadura cívico-militar que también dividía la nación, liderada por quien en el relato se le denomina “El caudillo cívico”. A través del soporte ideológico de una dictadura disfrazada de democracia se imponía el Nuevo Ideal Nacional, que mostraba su mejor rostro al exterior para atraer la inmigración motivada por el espejismo del progreso material, del poblamiento y crecimiento de las ciudades en infraestructura y servicios. Durante el «perezjimenismo» Venezuela vivió una “«constructivitis» que alcanzó a todo el territorio. Se levantaron obras útiles y otras completamente suntuarias y faraónicas. Entre las primeras se cuenta la importante labor emprendida en cuanto a la infraestructura y la construcción de viviendas, escuelas, hospitales y campos deportivos; dentro de las segundas la mayoría de las edificaciones lujosas de Caracas”, (López Portillo, 1986, p. 90).

Mientras que un importante sector de la población trataba de salvarse de las cárceles y conservar la libertad que casi equivalía a conservar la vida, otro sector sólo tuvo como opción emigrar. Muchos venezolanos por entonces buscaban la libertad y la vida en otros países. Era esto una paradoja que se sostenía en una especie de flujo y contraflujo. Así como Zarandona perseguía la quimera de la vida, la libertad y el progreso material, otros venezolanos salían simultáneamente, sin otra alternativa que “Huir con la patria en el alma, tomar fuerzas, preparar el regreso, intentarlo, fracasar, volver a huir con la patria ya no tan en el alma y dejar los huesos en una huesa que seguramente sentirá ajena” (p. 40).

La visión del franquismo está dada por lo menos desde dos perspectivas; tanto la del padre, que reconstruye su presente con la retrospectión de lo vivido, y

evalúa las consecuencias de ese fenómeno histórico-político en su vida, como las mismas opiniones de Mikel, quien opone su punto de vista, mucho más distanciado pero más crítico del hecho histórico, denunciado en la novela con la gravedad y la sensibilidad que motiva al resentimiento. No deja de establecerse una relación con la abyección también del llamado “Caudillo Cívico” que en la Venezuela de entonces lleva las riendas de un país que se impulsaba dentro de una irónica meta de modernidad sin modernización, amparada como antes había sido la dictadura gomecista, en la industria petrolera todavía más incipiente y «favorecida» por el intervencionismo norteamericano, también denunciado en la novela.

El espacio adoptivo convoca las mismas sensorialidades del paisaje dejado atrás: olores, sabores, formas y colores; ésta es otra manera de acendrar la sensación de pérdida. Es también una forma de padecer el exilio mediante otras carencias no sólo materiales, pero es inevitable que esa sensación se apodere de la memoria, así el narrador la considere “error típico del inmigrante, también de los conquistadores y colonizadores de todo tipo: ver siempre en la nueva tierra sólo la misma tierra que le vio nacer y que aprendió a domar con sus manos desde niño” (p. 47). Pero todo esto se transforma, cuando finalmente se produce la comunión con la sabana, con todos los elementos que la habitan: “el mastranto y el alcaraván, el cocuyo y el turpial, el moriche y el temblador, el chaparro y la tortuga, el cachicamo y el acure, el zamuro y la cascabel, la garrapata y el comején, el bachaco y el cigarrón, suplantaron casi por completo los paisajes y los animales que, desde su niñez, llenaban el alma de Zarandona” (p. 51).

Aquél lugar, el de allá, es la meta, el punto que habría de cerrar el círculo; es el deseo último que se prolonga, y que finalmente no se hace realidad, “un horizonte que no faltaba más en alguna de sus misteriosas e invisibles coordenadas albergaba un sueño inextinguible llamado País Vasco Euskal Herria, en el vocabulario ideologizado de Zarandona y que debíamos ver como espejismo en la lejanía y aprenderlo y tenerlo presente para siempre” (p. 107).

En la novela se hace un balance entre la guerra, la derrota, la esclavitud de la posguerra, el exilio, el fracaso ante la posibilidad de reinserción e independencia

económica (p. 130). El efecto de lectura se revierte en la intencionalidad del narrador que entre más cuestiona y niega a Zarandona, más reafirma su excepcionalidad, su obra, su productivo desatino. Es Zarandona, en su relato, la viva transposición del tiempo mítico que se hace histórico en la evocación, hechos y fechas precisas e inconfundibles.

Una larga y postergada conversación que dura medio día, entre la tarde y la noche, resume lo que no se dijo durante toda una vida; casi cinco décadas de exilio tratando de volver al punto de partida, pero con la conciencia de que el nuevo lugar ha sido el verdadero lugar de la vida mientras que el dejado atrás es sólo el lugar soñado, que de tanto esperar termina siendo idealizado. La nueva tierra, la de los hijos, la de la madurez era la única certeza; así como la sabana se le había entregado de manera plena, así la tierra de su presente y no la de su pasado, abriría su vientre para recibirlo finalmente. El saldo es una gran lección de voluntad, que es también una forma de concreción del deseo.

Una tarde con campanas (2004)

Durante los años 50 y 60 se estimuló la inmigración hacia Venezuela y producto del intercambio intercultural es lo que de maneras diversas y complejas contribuyó al desarrollo de la Venezuela contemporánea. Desde finales de la década de los noventa, el fenómeno comenzó a invertirse y se podría decir que los cambios del modelo político venezolano ha propiciado una diáspora de los connacionales hacia los Estados Unidos y más aún hacia España. Ambos son los destinos más habituales de los venezolanos que decidieron buscar un nuevo horizonte. Si bien es cierto que españoles, italianos, portugueses, principalmente eligieron entonces a Venezuela porque era un país que brindaba alguna seguridad económica. La mayoría de los inmigrantes huían de los escenarios de la posguerra y se dejaban atraer por las bondades de la pujante industria petrolera.

El éxodo que se presenta hoy en día responde no ya solamente a la necesidad de formarse académicamente en un país extranjero, ni asumir los peligros de la disidencia política pues las condiciones del refugiado son bastante exigentes desde

el punto de vista legal. Se trata, principalmente de buscar nuevos niveles de vida y procurarse una posible sensación de seguridad personal.

En la medida en que los textos literarios nos ayudan a comprender una imagen recortada de la realidad no por su condición de espejo sino de multiplicador de una imagen, bien podemos afirmar que la ficción y la realidad establecen de manera compleja una relación comunicativa, como bien lo explica Wolfgang Iser. En lugar de ser simplemente lo contrario de la realidad, “la ficción nos comunica algo acerca de la realidad [...] En tanto que estructura de comunicación, la ficción liga la realidad a un sujeto, que se pone en relación con la realidad precisamente por mediación de la ficción (1989, p. 166). Sobre el fenómeno de la migración, bien valdría tener presentes por lo menos dos rasgos fundamentales, que en un acertado estudio Belinda Téllez ha sintetizado de manera didáctica: “En tanto que desplazamiento e inserción hacia y en otro contexto sociocultural, es una de las situaciones que sacude más intensamente la identidad de los individuos, esto por varias razones: en primer lugar, los inmigrantes se convierten en el otro fundamental del país de “acogida”; sus costumbres y hábitos pasan de un alto grado de aceptación y comprensión, a ser vistos con extrañados y discriminatorios ojos (la familiar rutina de integrar una mayoría cultural se torna en la certeza de formar parte de una minoría étnica). En segundo lugar, es común que los inmigrantes sean excluidos de la comunidad social dominante y padezcan experiencias de aislamiento y subordinación, con sus respectivas consecuencias en cuanto a desigualdad social y disminución de la capacidad jurídica, puesto que el expatriado ha perdido, entre otras cosas, su condición de ciudadano” (Téllez, 2004, p. 21)

En el relato de José Luis, un niño de unos 8 años, personaje y narrador principal de *Una tarde con campanas*, tenemos una condición fragmentaria que construye un puente entre la brevedad de los apartados del relato y el propio discurso discontinuo de un niño cuya memoria trata de articularse en secuencia lógica que no logra del todo y que fija, efectivamente unas vivencias espasmódicas y por lo mismo anárquicas, por ejemplo:

En Madrid, cuando hace calor, hace calor calor calor.

Cuando hace frío, hace frío frío frío.

El calor de Madrid nos pone tontos. Nos sentamos en la sala junto a un ventilador enano que compró papá. Y cuando viene el novio de Somaira ella agarra el ventilador y lo lleva al balcón para que el señor ese no critique lo caliente que está nuestra casa. (UTCC: 17).

El papá de Chang es el dueño de la tienda de los chinos.

Chang es amigo de Francisco.

Francisco vive dos manzanas más allá.

Los dos siempre se ríen cuando yo le lanzo los tomates a Ismael Prados. Y cuando nos encontramos en el bar, me saludan y a veces jugamos al futbolín. (UTCC: 159)

Oye, José Luis, quería preguntarte algo. Ajá. El sábado en la mañana. Ajá. El sábado en la mañana vi a Francisco y a Chang en la plaza. Ajá. Y estaba otro chico con ellos, pero yo llevaba prisa y no estoy segura. Ajá. Y vi que empezaban a lanzarle piedras a los yonquis [...] Ajá. Piedras, les tiraban piedras y luego corrían. Ajá. Bueno, ¿no eras tú el otro chico? Ajá. Pues eso, ¿no eras tú? Yo no era, sería otro pero yo no era. (UTCC: 169).

El relato del niño-narrador incorpora algunas interpolaciones que establecer marcas de habla de otros narradores cuyas voces se intercalan y permiten comprender las trazas de una forma particular del sociolecto venezolano:

—No, si yo no tengo quejas de ninguno. Ni siquiera de la muchachita. Más bien me da un poquito de lástima verla tan ilusionada. Ya sabe una cómo terminan esos asuntos.

—Una barriga.

—Claro, ¿qué más puede pasar?

—Pero a mí ese hombre no me gusta como para ella. Si debe llevarle quince años.

—Bueno, el finado a mí me llevaba eso.

—Pero no vas a comparar tú a Rafael, que era un hombre formal, trabajador, con este bicho que ni sabe una de dónde sale ni qué es lo que busca. (UTCC: 42)

Esa forma de hacer que las voces, y que los personajes que coinciden en un mismo espacio-tiempo, permitan al narrador establecer diversos niveles de comprensión de la realidad, lo cual configura no sólo la historia de José Luis, sino otras historias secundarias, como la que introduce el narrador en tres momentos que se articulan como micro relatos: “Primera noche”, “Segunda noche” y “Tercera noche”. En ellos se hace una narración al margen del principal narrador y se configura una red semántica completamente autónoma del narrador:

Desde Alfonso XII irrumpió una bandada de pájaros. Un ruido acuático, un golpe espumoso, como el de miles y miles de pequeños ríos repicando sobre el aire. Envuelta en luz ámbar apareció una mujer desnuda y hermosa, con un cuerpo soberbio, lleno de curvas. Una mujer de senos erguidos que iba montada sobre una Danta. El cielo se cubrió de mariposas azules, de incisiones de luz, de fragancias dulzonas. (UTCC, p. 69)

De una manera disimulada, el narrador configura un cuerpo cultural que es legible desde el capital cultural del venezolano que creció cercado por relatos maravillosos, por procesos de creación nada convencionales que para muchos, son reveladores de una idiosincrasia que hunde sus raíces en lo mítico. Por ejemplo es el fragmento anterior que tiene como referente cultural la figura de Maria Lienza, diosa mítica vinculada al esplendor de la naturaleza.

Por supuesto en los casos señalados la lengua contribuye a la constitución de la conciencia colectiva y permite que se establezcan las formas de simbolización de la identidad grupal. Los rasgos distintivos de la lengua ayudan a comprender los detalles correspondientes a la procedencia geográfica del emisor, a su nivel socioeconómico, así mismo al registro que desde lo coloquial o lo formal, nos ubica en la configuración del personaje.

En las obras literarias que muestran el tema de la migración, encontramos unos usos del lenguaje que ayudan a comprender sus representatividad cultural

que descansa en el sociolecto venezolano y de manera específica las formas de habla coloquial. Veamos como ejemplo el uso de localismos como: “catira” (UTCC, p. 61), “arrechera” (UTCC, p. 17) y “carajazo” (UTCC, p. 200); y de manera específica, los modo como esa forma de hablar diferenciada es percibida por los interlocutores que detectan en las formas de habla la otredad: Hablamos no sé de qué y ella me dijo que yo tenía un acento muy bonito. Yo me quedé callado porque no sabía qué es un acento, y cuando entré a casa le conté todo a Augusto. (UTCC, p. 34)

Veamos otro ejemplo:

—Chévere cambur —grita mi padre y yo corro para abrazarlo.

Me gusta cuando me llama así en plena calle porque nadie nos entiende.

Sólo él y yo (bueno... y mis hermanos, bueno... y mi mamá... bueno... y las muchachas y las viejas que alquilaron el cuarto) comprendemos ese grito.

Mariana me preguntó un día qué significaba y yo no supe explicarle. Chévere cambur es chévere cambur. Es mi papá que regresa, es mi papá cuando vamos a comer solomillo, es mi papá cuando le llevo una cerveza helada junto al televisor.

Mariana me dijo que chévere cambur es tope guay, pero no supe qué decirle.

[...]

Chévere cambur es chévere cambur y ya está.

Chévere cambur chévere cambur chévere cambur. (UTCC, p. 39)

Expresiones como “chévere” connotan una forma de asumirse como venezolano, es una condición de ser y estar, de parecer y reconocerse sin mayores imposturas a la hora de definir su condición migrante, ésta no se define, se es en el término como se es en el lenguaje, todo en sus rasgos distintivos.

Como una forma de asirse al modo de ser, es también asirse al modo de hablar, a la resistencia a sustituir vocablos de uso cotidiano. Por ello el padre de José Luis trata de que éste no modifique el modo como nombra a determinados objetos que representan también ciertas estructuras culturales:

No digas coche, se dice carro.

No digas sandía, se dice patilla.

No digas gafas, se dice lentes.

No digas polla, se dice güevo.

No digas cortado, se dice marrón.

No digas cacahuete, se dice maní.

Carajo, que no digas, no digas, que no hables así, carajo.

Las palabras, la memoria y las formas del arraigo:

La lengua, fuera de sus fronteras dialectales y del campo semántico que la informa, se erige como rasgo distintivo y hace que los individuos adquieran plena conciencia de ella. Al ser un mecanismo de delimitación frente a los otros, la lengua constituye –sobre todo para los inmigrantes y las minorías étnicas- un elemento que contribuye a definir la identidad y ratificar el sentido de pertenencia a un grupo social (Téllez, 2004, p.44).

Son muchos los elementos que pudiéramos entresacar en estados dos formas narrativas que hemos contrapuesto, desde las cuales es posible asumir la condición migrante. La primera, circunscrita al modo como Paulino Zarandona trastoca su realidad y define ideológicamente su nostalgia, sus juegos de memoria y su eterno sueño de volver al entorno originario. En *Una tarde con campanas* acudimos a la lectura desde el plano de la representación en el lenguaje donde el juego, la reflexión sobre las palabras crean el efecto de esa conciencia que se resiste al desplazamiento. Son formas del habla que nos permiten apreciar cómo en la literatura podemos encontrar las marcas de *ser* en el espacio otro donde arraigo o desarraigo, crisis de identidad, resistencia a la transculturación o formas del nacionalismo a ultranza van marcando al sujeto. La condición de sujeto migrante podría viabilizar la comprensión del ser humano contemporáneo en América Latina. Es decir, comprender cómo la migración no siempre es sólo desplazamiento

geográfico, sino un entramado complejo que le van procurando al desplazado los signos desde los cuales se incorpora al espacio otro con su carga emotiva, sus sueños, su memoria y su lenguaje para definir el nuevo status que simultáneamente define también su nuevo y complejo lugar de enunciación.

Referencias bibliográficas

Cornejo Polar, Antonio (1995), Condición migrante e intertextualidad multicultural: el caso de Arguedas”, *Revista de crítica literaria latinoamericana*, núm. 42, pp. 101-109.

Iser, Wolfgang, “la realidad de la ficción”. En: Rainer Warning (1989), *Estética de la recepción*, Madrid, Visor, pp. 165-196.

Landa, Josu (1999), *Zarandona*, México, Euskal Etxea-Centro Vasco.

López Portillo, Felicitas (1986), *El perezjimenismo: génesis de las dictaduras desarrollistas*, México, UNAM.

Martín Frechilla, Juan José (1994), *Planes, planos y proyectos para Venezuela: 1908-1958 (Apuntes para una historia de la construcción del país)*, Caracas, Universidad Central de Venezuela.

Mignolo, Walter (1996), “Los estudios subalternos ¿son posmodernos o poscoloniales?: la política y las sensibilidades de las ubicaciones geoculturales”, *Casa de las Américas*, núm. 204, pp. 20-40.

Niño Araque, William (2005), “La ciudad de los inmigrantes”. En: Varios Autores, *Las inmigraciones a Venezuela en el siglo XX. Aportes para su estudio*, Caracas, Fundación Francisco Herrera Luque-Banco Mercantil, pp. 197-203.

Requena, Isidoro (1992), *La memoria desmitificadora (La novela venezolana durante el perezjimenismo)*, Mérida, Universidad de Los Andes.

Ricoeur, Paul (1995), *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*, trad. Agustín Neira, México, Siglo XXI.

Rodríguez Ortiz, Oscar (1995), “Los que vinieron a inventar”. En: Varios Autores (2005), *Las inmigraciones a Venezuela en el siglo XX. Aportes para su estudio*, Caracas, Fundación Francisco Herrera Luque-Banco Mercantil, pp. 189-195.

Téllez, Belinda (2004), *Cultura, identidad y condición migrante en Árbol de luna y Una tarde con campanas de Juan Carlos Méndez Guédez*, Mérida, Universidad de Los Andes (mimeo).

Warning, Rainer (1989), *Estética de la recepción*, Madrid, Visor.